

Guillermo Feliú Cruz.

Camilo Henríquez, mentor de la Revolución

En las postrimerías del estío del año de 1810, los vecinos santiaguinos pudieron contemplar ambulando por las calles de la orgullosa capital—un aldeón con el título de tal—la extraña figura de un misterioso fraile desconocido en el mundo del opulento patriciado y en el de las turbas del populacho que albergaba sus miserias en las orillas del río mapochino y en los suburbios del barrio de la Cañadilla. Cierta desplante y arrogancia en el personaje, no obstante su obscuridad, llamaron vivamente la atención. Sobre todo en esos días. La urbe, la que componía la aristocracia, ardía en inquietudes. Se agitaba a impulsos de una pasión nueva, de un sentimiento que no tenía precedentes en los largos días que fueron del sistema colonial. Se sentía un hervor de lucha que las tardes estivales sólo conseguían exaltar con mayor brío. Criollos y españoles disputaban. En esta disputa no hay pueblo que intervenga. El pueblo es el siervo, es la gleba medioeval que obedece al señor, al encomendero, al dueño de la tierra. Si no acata su mandato no habrá sustento para el día de mañana. El fenómeno es idéntico en el lado del peninsular avecindado en el país como en el del chileno. Pero en esta disputa hay una cosa singular. Se verá al español defender muchas veces la causa del criollo y en otras al chileno tomar la defensa del peninsular. Lo que se perfila son los comienzos de una guerra civil. El castellano de origen ha perdido en ese año una partida que la ha ganado el vasco transplantado. Por segunda vez,

en el transcurso de 300 años, el nativo ha logrado imponerse y conseguido derrocar un gobierno instituido por la suprema majestad del rey. El español de origen conspira desde entonces y busca aliados en el clero.

El fraile oscuro, ignorado de todos, recién llegado de Piura a la capital, observa esos momentos de febril agitación en que se debate la ciudad. Recorre sus calles mal empedradas, tomando lenguas, anda siempre en forma presurosa y es cauto en sus decires. Resulta así un tipo raro. Extraño por su físico, extraño por su hábito talar, extraño por el silencio turbador de sus mismas actitudes y extraño todavía por las leyendas que la imaginación comenzaba a tejer en su torno. Bajo, más bien que alto, desgarrado, pero con cierta prestancia heroica que fluye de su interior, enjuto hasta llegar a una lastimosa delgadez, coronaba ese cuerpo, ya casi deshecho, al cual agobiaba una tos precursora de un siniestro mal, un rostro intensamente pálido, que sólo sonrosaba, por momentos, el doloroso esfuerzo de la espectoración. La faz revelaba la tragedia de incruentas angustias. Los labios delgados y finos, habíanse plegado como en una expresión de desconuelo. El cabello se raleaba y el solideo disimulaba apenas los estragos de una calvicie prematura. Los pómulos se estilizaban. Desmesuradamente abultados, resaltaban en el conjunto del óvalo del rostro como dos protuberancias huesosas dispuestas a romper la piel. Piel de color de pergamino que la juventud no marchitaba todavía. Algo iluminaba, sin embargo, la expresión enfermiza de aquel fraile. Eran sus ojos negros. Hundidas las cuencas hasta parecer las profundidades de una tumba abierta, refulgía de los ojos una luz de matices cambiantes. Diáfana y serena en las horas de oración, violenta e irritante cuando la conturbaba el impulso. Imperiosa casi siempre. El ánimo, encendida en poderosas ilusiones, hablaba por aquella mirada. Irradiaba vigor de fiebre incontenida y de pasión dispuesta a desbordarse hasta el extravío del propio sagrado ministerio.

El hábito talar, completamente negro, hacía resaltar la figura de ese fraile de un modo sorprendente. La palidez del rostro quebraba el color del traje en un contraste sin medias luces. Sólo sobre el pecho, en el lado del corazón, eran visibles las líneas rojas de la cruz del Redentor.

En el entretanto, el termómetro de la revolución había subido. Las ideas se acentuaban en el ánimo y en la opinión de los magnates santiaguinos. La hoguera que ardía recibió

entonces un viento de renovación franca que iba a hacer extender su radio. Por primera vez se iba a hablar claro, con precisión, con nitidez. El 6 de Enero de 1811, en la mañana, en una de esas frescas mañanas de la capital, cuando el sol dora y no quema, circuló una proclama manuscrita que llevaba la firma de Quirino Lemachez. En ella podían leerse estas palabras: «De cuanta satisfacción, decía, es para un alma nacida en el odio de la tiranía ver a su patria despertar del sueño profundo y vergonzoso que parecía hubiese de ser eterno y tomar un movimiento grande e inesperado hacia su libertad, hacia este deseo único y sublime de las almas fuertes, principio de la gloria y dicha de la República, germen de luces, de grandes hombres y de grandes obras, manantial de virtudes sociales, de industria, de fuerza, de riqueza! La libertad elevó en otro tiempo a tanta gloria, a tanto poder, a tanta prosperidad a la Grecia, a Venecia, a la Holanda; y en nuestros días, en medio de los desastres del género humano, cuando gime el resto del mundo bajo el peso de los gobiernos despóticos, aparecen los colonos ingleses gozando de la dicha incompatible con nuestra debilidad y triste suerte. Estos colonos, o digamos mejor, esta nación grande y admirable, existe para el ejemplo y la consolación de todos los pueblos. No es forzoso ser esclavos, pues vive libre una gran nación. La libertad no corrompe las costumbres ni trae las desgracias, pues estos hombres libres son felices, humanos y virtuosos.

«A la participación de esta suerte os llama ¡oh pueblo de Chile! el inevitable curso de los sucesos. El antiguo régimen se precipitó, por los crímenes y los infortunios, en la nada de que había salido. Una superioridad en las artes del dañar, y los atentados, impusieron el yugo a estas provincias; y una superioridad de fuerza y de luces las ha librado de la opresión. Consiguió al cabo el ministerio de España llegar al término porque anhelaba tantos siglos, la disolución de la monarquía. Los aristócratas, sin consultar la causa del desastrado monarca, lo vendieron vergonzosamente; y destituidos de toda autoridad legítima, cargados de la execración pública, se nombraron sucesores en la soberanía que habían usurpado. Las reliquias miserables de un pueblo (Cádiz) vasallo y esclavo como nosotros, a quienes, o su situación local o la política del vencedor no ha envuelto aún en el trastorno universal; este resto débil, situado a más de tres mil leguas de nuestro suelo, ha mostrado el audaz e imponente deseo de ser nuestro monarca.

de continuar ejerciendo la tiranía y heredar el poder que la imprudencia, la incapacidad y los desórdenes arrancaron de la débil mano de la casa de Borbón.

«Pero sean cuales fueren los deseos y las miras que acerca de nosotros forme todo el mundo, vosotros no sois esclavos; ninguno puede mandaros contra vuestra voluntad. ¿Recibíó alguno patentes del cielo que acrediten que debe mandaros? La naturaleza nos hizo iguales; y solamente en fuerza de un pacto libre, espontánea y voluntariamente celebrado, puede otro hombre ejercer sobre nosotros una autoridad justa, legítima y razonable. Mas no hay memoria de que hubiese habido entre nosotros un pacto semejante. Tampoco lo celebraron nuestros padres. ¡Ah! Ellos lloraron sin consuelo bajo el peso de un gobierno arbitrario, cuyo centro, colocado a una distancia inmensa, ni conocía ni remediaba sus males, ni se desvelaba porque disfrutasen los bienes que ofrece un suelo tan rico y feraz. Sus ojos humedecidos con lágrimas, se elevaban al cielo, y pedían para sus hijos el goce de los derechos sacrosantos que el cielo concedió a todos los hombres y de que ellos habían sido atrozmente despojados».

Era la proclamación de la independencia misma de Chile. Y para hacer resaltar más aún el pensamiento audaz, añadía el autor de la proclama: «Está pues, escrito ¡oh pueblo! en los libros de los eternos destinos, que fuéseis libres y venturosos por la influencia de una constitución vigorosa y un código de leyes sobrias; que tuviéseis un tiempo de esplendor y de grandeza; que ocupáseis un lugar ilustre en la historia del mundo, y que se dijese algún día «la república, la potencia de Chile, la majestad del pueblo chileno».

Este Quirino Lemachez que en forma tan desembozada hablaba a sus convasallos ¿quién era? ¿De dónde procedía? Pues era el mismo fraile extraño y misterioso que recorría las calles de Santiago con paso presuroso y tomaba lenguas entre las gentes para informarse, con cautela, de los sucesos del día. Su vida no era larga, unos cuarenta años; la historia de ella, sin embargo, presentaba algunos dramáticos incidentes, que dan relieve a esta brillante personalidad. Hijo del sur, de la ciudad de Valdivia, pertenecía a un hogar pobre, casi desvalido, que no supo ni de satisfacciones ni alegrías. Allí nació en 1769. Al trisar los 14 años, en 1783, no pudiendo la familia costearle su educación, enviáronle a Lima para que le tomara a su cargo un pariente de cierta acaudalada situación. Sólo

la carrera eclesiástica podía ofrecer un refugio a aquella alma desamparada y así le vemos entrar en el convento de la orden de San Camilo de Lelis, establecida en la ciudad virreinal. En el convento de los padres de la Buena Muerte o de los agonizantes, como se llamaba a los miembros de ese instituto, cuya regla los consagraba especialmente al cuidado de los enfermos y al auxilio de los moribundos, fray Camilo recibió durante el noviciado la enseñanza de un hombre que ha gozado justamente de fama de ilustrado y culto: el padre Isidoro de Celis. Autor de unos *Elementos de Filosofía* que vieron la luz en Madrid, en 1787, Celis era un espíritu liberal, avanzado, imbuído en el enciclopedismo del siglo XVIII. Su enseñanza perdurará en el discípulo de un modo notorio y será, después, la orientación de su formación intelectual. Siete años permanece fray Camilo en el Convento. A los veinte profesa. ¿Hay en esta profesión un hecho espontáneo, sincero? Pudo fray Camilo engañarse y, en realidad, al tomar las órdenes, la pobreza lo había conducido a los claustros. No era un impío ni un increyente. Débil de voluntad, sin carácter, acaso el espectáculo de la lucha por la vida y la falta de un horizonte en que desarrollar la existencia, pudieron llevarlo a esa determinación. ¿Se arrepintió más tarde de haber pronunciado esos votos? No podemos saberlo con seguridad. Pero hay un hecho sugestivo. En el Congreso de 1823 defendió con energía el proyecto de reforma eclesiástica según el cual nadie podía profesar en una orden religiosa antes de haber cumplido 25 años de edad. He ahí como fray Camilo reconoció que sus votos habían sido prematuros. Y confirma la aseveración nuestra otro hecho: en el último tercio de su vida abandonó el ropaje talar y conservó una pequeña corona rapada en la cabeza. Todavía más: pocos años antes de su muerte obtuvo un breve de secularización de su orden.

Todo esto no puede afectar al buen cristiano que hubo en fray Camilo. Cuando profesó, un ardiente misticismo le devoraba el alma. La fe, sin embargo, la fe que imponían los claustros coloniales, absurda, no le fué tolerable. Las grandes diferencias sociales que observó en el virreinato, y su pasión de saber, de conocer, de explicarse el mundo, lo llevaron a buscar en las lecturas de libros prohibidos por la Iglesia la expresión de un ideal mejor que el que hasta entonces había vivido. Por ello se le arrastró a los calabozos de la Inquisición. En 1802 le siguen en Lima un proceso que llegó a contar doscientas

páginas y en el que queda constancia de haber sostenido en un escrito conclusiones propias de un heterodoxo en defensa del sínodo de Pistoya. Ochenta y cinco de las proposiciones de ese sínodo, convocado por el obispo Escipión de Recci, en 1682, habían sido condenadas por la santidad de Pío VII en una bula de 1794. Al rehabilitarlas, fray Camilo demostraba su independencia de criterio y dejaba entender la poca consistencia de su fe en asuntos dogmáticos capitales. He aquí lo que sostenía al defender el sínodo de Recci: ni los pontífices, ni la iglesia toda tienen jurisdicción sobre los asuntos temporales; aún en las cuestiones infalibles relativas a la fe, los sucesores de San Pedro no son infalibles, y sobre la autoridad del soberano pontífice se halla la del concilio ecuménico.

Pero el proceso que siguió la inquisición de Lima a fray Camilo por sus proposiciones heterodoxas y por las cuales le condenó a la pena de reclusión, tiene para nosotros un valor mucho más grande. El nos ha permitido orientarnos acerca de las lecturas del buen fraile. Camilo Henríquez declaró en la secuela del proceso haber leído los siguientes libros prohibidos por la majestad de la Iglesia y por la majestad del rey: el *Contrato Social* de Rousseau; la *Historia del año dos mil cuatrocientos cuarenta*, por Mercier; y los *Establecimientos americanos*, del abate Reynal.

Basta sólo la enunciación de esos libros para comprender la filiación de las ideas de fray Camilo. La lectura de Juan Jacobo, el estudio detenido de las opiniones y razonamientos del filósofo ginebrino, le persuadieron de que la América debía ser libre. De esa época también, del tiempo de esas lecturas, son sus primeras dudas en materias religiosas. La reclusión inquisitorial acabó por destruir los últimos restos de voluntad que había en fray Camilo. Ya lo hemos dicho; su carácter se nos presenta lleno de contradicciones, de versatilidades y sin firmeza. No hay entre ese entendimiento claro y perspicaz y su carácter una relación directa. Son dos cosas que se excluyen. Por lo demás su caso no es único: la inteligencia parece contraponerse a las virtudes del carácter. El hombre inteligente, intelectualizado, por decirlo así, es de ordinario tímido. Aterrado salió de la cárcel, «sin desdoro de mi honra», como él mismo dijo. Jamás habló del suceso. Su alma quedó herida para el resto de sus días. Después le invadió una melancolía profunda cuyo origen fueran acaso los estragos de la tuberculosis. Lo cierto es que ya no quiso vivir más en Lima. Se fué

a Quito destinado por sus superiores a fomentar otro convento de su orden. Allí estaba cuando estalló el movimiento revolucionario de 1809. ¿Fray Camilo contribuyó a encender esa revuelta? Los realistas le acusaron de haberla preparado con su prédica silenciosa y descargaron contra él imputaciones que, dado su carácter, parecen fundadas.

Nuevo viaje en Noviembre de 1810. La tisis ya no deja un momento de reposo al pobre fraile. Va a Piura convaleciente de ese mal que casi lo ha llevado a las puertas de la muerte. Sosteniendo una cabeza en que la luz nunca se nubla sobre un cuerpo deshecho, sabe del cambio gubernativo en Santiago, ocurrido en Septiembre de 1810. «Volé al instante,—dirá más tarde,—a servir a mi patria hasta donde alcanzasen mis luces y conocimientos y a sostener en cuanto pudiese la idea de los buenos y el fuego patriótico».

Un racionalista vestido de fraile sería el nombre que cabría para fray Camilo. «Discípulo de los filósofos revolucionarios del siglo XVIII, de Rousseau, sobre todo, Henríquez era uno de los ideólogos ardorosos e ilusos, pero bien intencionados patriotas a quienes sólo movía el amor noble y desinteresado a la libertad. Como muchos otros promotores de la revolución americana, Henríquez creía que una constitución fundada en esos principios iba a convertir en pueblos libres, cultos y bien gobernados a las colonias que los hábitos de vasallaje, de opresión, de miseria y de ignorancia no habían preparado para gozar de esos beneficios sino después de una larga y tormentosa evolución. Pero si los trabajos de los hombres de ese temple no correspondieron inmediatamente por sus resultados a las esperanzas que hacían concebir, ellos al menos desprestigiaron el despotismo; alentaron los ánimos en la lucha que fué necesario sostener, y educaron a las nuevas generaciones para gozar de los beneficios de la libertad».

Alia jacta est. (La suerte ya está echada). Tales debieron ser las palabras de fray Camilo al pisar la tierra de su patria. El revolucionario que había en él sabía mejor que los patricios santiaguinos que discutían fórmulas jurídicas, lo que había que hacer en esos momentos. Sabía lo que quería, sabía que una revolución no se realiza con fórmulas ni con matices de opinión que cubran las desnudeces de una violenta renovación. Era preciso actuar. Apenas llega lanza la proclama que

lleva por firma el anagrama de su nombre, Quirino Lemachez; cuando estalla el motín de Figueroa se lanza a la plaza pública a combatir en defensa de las nuevas instituciones; en la madrugada del día siguiente de ese suceso confiesa en los oscuros calabozos de la cárcel al caudillo desventurado de esa intentona y en el día de la instalación del primer Congreso Nacional, el 4 de Julio de 1811, del cual es miembro, pronuncia un sermón en la Catedral en que afirma sus ideas, en que proclama la necesidad de la independencia y en que sostiene doctrinas libertarias que asustan a los mismos caudillos de la revolución.

Hasta ese instante, su vida pública no contaba con más títulos. Un año más tarde es el periodista y el tribuno de la revolución. Con más propiedad podría decirse que fué su mentor, el que condujo la opinión, el que abrió la brecha en las antiguas ideas para imponer las nuevas. En 1812 es el General Carrera quien le entrega la dirección del primer periódico nacional: *La Aurora de Chile*. En realidad, nacía una nueva aurora, porque el pensamiento de la revolución iba a extenderse en la hoja del periódico por todos los ámbitos del país. ¡Cómo reconoce fray Camilo el poder inmenso de la imprenta cuando escribe en la primera página de ese diario las palabras siguientes: «Está ya en nuestro poder,—dice—el grande, el precioso instrumento de la ilustración universal, la Imprenta. Los sanos principios, el conocimiento de nuestros eternos derechos, las verdades sólidas y útiles van a difundirse, entre todas las clases del Estado. Todos sus pueblos van a consolarse con la frecuente noticia de las providencias paternas, y de las miras liberales y patrióticas de un Gobierno benéfico, pródigo, infatigable y regenerador. La pureza y justicia de sus intenciones, la invariable firmeza de su generosa resolución llegará, sin desfigurarse por la calumnia, hasta las extremidades de la tierra. Empezará a desaparecer nuestra nulidad política; se irá sintiendo nuestra existencia civil: se admirarán los esfuerzos de una administración sagaz y activa y las maravillas de nuestra regeneración. La voz de la razón y de la verdad se oirán entre nosotros después del triste e insufrible silencio de tres siglos: ¡Ah! en aquellos siglos de opresión, de barbarie y tropelías, Sócrates, Platón, Tulio, Séneca, hubieran sido arrastrados a las prisiones, y los escritores más célebres de Inglaterra, de Francia, de Alemania hubieran perecido sin misericordia entre nosotros. ¡Siglos de infamia y de llanto! La sabiduría os recordará con horror y la humanidad llorará sobre vuestra memoria.

«Desapareció en fin este triste período; pero aún sentimos sus funestas influencias. La ignorancia entraba en el plan de la opresión. La educación fué abandonada: la estupidez, la insensibilidad ocuparon en los ánimos el lugar que se debía al sentimiento de su dignidad, al conocimiento de sus derechos: se corrompieron las costumbres, se adquirieron los vicios y las inclinaciones de los esclavos; y acostumbrados los pueblos a obedecer maquinalmente, creyeron que les era natural su suerte infeliz. Parecía que se hubiese borrado de su frente el carácter de majestad y soberanía, que imprimió el Autor de la naturaleza sobre todos los hombres.

«Mas, ya por un beneficio de la Providencia digno de nuestra eterna gratitud, despertamos de aquel letargo profundo, y hemos tomado un movimiento grande e inesperado hacia la felicidad. ¿Quién esperaba en efecto, que la opinión y el sentimiento llegasen al estado en que actualmente se hallan entre nosotros? Sin embargo, interesa consolidar la opinión, disipar infundados recelos y perseguir, combatir los errores hasta sus últimos atrincheramientos.

«Venid pues, oh sabios de Chile, venid, ayudad, sostened con vuestras luces, meditaciones, libros y papeles, nuestros débiles esfuerzos y trabajos. La Patria os invoca. Toda la América espera algo bueno de nosotros. Procuremos honrar la Patria, que nos ha sostenido. Dejemos a la posteridad algún vestigio de nuestra existencia. Todo se reúne para excitar vuestro celo patriótico. La sublime idea de la libertad civil, los esfuerzos de una administración bienhechora, la sabiduría de sus miras, la presencia de la Imprenta, de esta fiel conservadora del pensamiento, cuantas circunstancias nos rodean deben excitarnos al trabajo, encender la imaginación y dar un nuevo tono a nuestra literatura.

«Se ha notado, en efecto,—continúa,—que los grandes acontecimientos políticos, las revoluciones, la variación de las leyes, la gloria de los Estados han comunicado vigor y elevación a los espíritus.

«Cuando, pues, sin embargo de los pasos inciertos y vacilantes de un sistema naciente, se ofrecen a los ánimos atónitos tantas y tan grandes cosas, que no nos atrevíamos ni aún a esperar: ¿Qué fantasía no se inflama, qué corazón no se abre a esperanzas mayores y más halagüeñas?»

Quien escribía la página vibrante que acaba de leerse no desconocía el medio ambiente a que iba dirigida. Con ojo cer-

tero fray Camilo pintaba la sociedad chilena en la forma siguiente:

«La población de Chile se divide en dos clases: nobles y plebeyos. Aquellos son, en general, hacendados, y todos entre sí parientes. Los plebeyos, por vivir precisamente en las posesiones de los nobles, sujetos a una total dependencia de aquellos, la cual verdaderamente es servidumbre. Casi ninguno de los nobles tuvo educación: unos pocos recibieron en el seminario y conventos una instrucción monacal. Exceptuando como seis de ellos, nadie entiende los libros franceses, ninguno los ingleses. Así, pues, las obras filosóficas liberales les eran tan desconocidas como la geografía y las matemáticas. Ni sabían qué era libertad, ni la deseaban. Mayor era aún la ignorancia de la plebe; y como en ella ha permanecido, fué indispensable sacarla de su letargo. Esto es obra de largo tiempo y de la política. La plebe adora el nombre del rey, sin saber qué es. Ella juzga que únicamente debe pelearse por la ley de Dios, sin observarla y sin saber qué es ley y qué es Dios.

«Pasemos ahora al estado que tenían la opinión y las ideas en nuestro país en 1810. Era tan triste, que la revolución tuvo que hacerse, y continuar por cuatro años, fundada en nuestra fidelidad a Fernando VII. La palabra independencia habría sido entonces un escándalo para los pueblos. Aún la mayor parte de los patriotas más instruídos que dirigían la revolución, y que se burlaban de la superchería del nombre de Fernando, apenas tenían ellos mismos otro plan, ni sus miras se extendían a más que a sacudir el odioso yugo colonial».

La Aurora realizó el prodigio de formar una conciencia ciudadana. Darle forma a la ciudadanía, dignificarla, hacerla sentir sus derechos, sus deberes, fué la obra heroica, magnífica del fraile de la Buena Muerte. Cuando los principios de la ciencia política, cuando los postulados de la libertad, cuando los sistemas de gobierno han encontrado hoy tan amplia difusión hasta el punto que son enunciados por nuestros boquirubios, se siente cierta candorosa ingenuidad por los hombres que en los primeros días de la independencia proclamaban las nociones más elementales del derecho, de la política y de la administración. Y, sin embargo, señores, el pensamiento escrito en nuestros primeros periódicos son los pañales de la ideología que hizo posible la nacionalidad, y por eso, si las doctrinas expuestas en esos periódicos arrancan, a una distancia de más

de un siglo, una sonrisa, no es menos cierto que una breve reflexión nos sobrecoge en un respeto conmovedor.

Escribir era entonces exaltar el odio al rey y a la monarquía. Significaba proclamar la decadencia rotunda del mandato de la iglesia, la agonía de las viejas fórmulas sociales, el triunfo de la razón sobre los dogmas, ya pretéritos, de una concepción de la libertad. Es más: escribir era formar la noción geográfica de un pueblo, pero un pueblo que se elegía por sí mismo, que se otorgaba sus derechos mediante un pacto consagrado, como lo quería el ginebrino. Hablar en la tribuna era magnificar a la diosa de la libertad. Era rendirle acatamiento incondicional a los Derechos del Hombre de la gran revolución. Conversar en los corrillos de la plaza pública o en las horas venturosas de un café, era encender el odio a lo español, a la tradición castellana. ¡La revolución debía avasallarlo todo! Las conciencias de los hombres no podían comprender cuál podía ser el objeto final de ese trastorno. ¿Qué sabían de derechos políticos? Unos interpretaban el sino que semejante mutación envolvía y esos eran los menos. Los más dudaban. Quedaba una masa inmensa de indiferentes que era necesario mover.

Fray Camilo comprendió que la masa de los indiferentes la formaba el pueblo, lo que aquí entendemos por tal. El montón salido del harapo. Lo que la encomienda al terminarse llamó inquilinaje, enalteciendo así la triste y misérrima condición del hombre que es como un paria en esta tierra que fué tierra bendita del sustento. Pero no ignoraba que también entre la masa de los indiferentes había que contar con algunos rancios clanes de la aristocracia. ¿No son estos clanes los que, flameando el pendón de Castilla en 1814, rinden pleito homenaje a los gobiernos de la reconquista? ¿No son estos clanes los que reniegan de la doctrina de 1810 y se venden a la autoridad brutal del despotismo? He ahí los factores negativos de la revolución. Por eso fray Camilo tendrá una frase feliz cuando diga algunos años más tarde: «La revolución no tuvo pueblo; la hicieron las familias y la vendieron las familias sin que nada tuviese que ver el pueblo en ella».

Yo quisiera, señores, extraer de la obra periodística de Henríquez algunas de sus ideas y leerlas aquí. Pero temo cansaros. Quisiera hacer algo así como su idearium. Obligado como estoy a reducirme al tema que me ha sido designado, debo concretarme a él.

Terminada *La Aurora de Chile*, fray Camilo redacta *El Monitor Araucano* en 1813. Es bien poco lo que podemos encontrar de sus ideas personales en este periódico, que es así como quien dijera una gaceta de gobierno. Pero en ese mismo año el espíritu terco y tesonero de Irisarri funda el *Semanario Republicano*. Irisarri es demasiado violento y procaz para decir verdades. Quiere la independendencia del país a toda costa, pero no desea que sean los caudillos que la dirigen quienes la consumen: los hermanos Carrera. Lucha contra ellos. Al mismo tiempo los resplandores de la revolución no tienen el mismo colorido de fuego de otros días. España va triunfando sobre Francia; algunas de las colonias sublevadas de la América han caído. El buen sentido chileno, la componenda chilena, esa cosa gelatinosa que aquí llaman la opinión de los patricios, que sabe estirarse y encogerse según las circunstancias, quiere que se hable más despacio. Que se digan las cosas al oído. Se desplaza a Irisarri y es fray Camilo desde entonces el redactor. ¡Pobre fray Camilo! Con el pseudónimo de Cayo Horacio, publica la *Continuación del Seminario Republicano*. ¿Pero qué es lo que allí escribe, qué es lo que sostiene? La conveniencia de una alianza con España. Es el precursor que va haciendo fácil el camino a la traición de los tratados de Lircay. ¡Dios mío! Las garras de la opulenta aristocracia han aprisionado al fraile sin carácter. Lo han hecho desdeirse de todos sus arrebatos libertarios de 1810, 1811 y 1812. Y ya no es sólo en el diario sino que también en la tribuna del Congreso de 1814 donde defiende lo que es su temor y el temor de quienes lo manejan.

Después vino el destierro. En los límites de este ensayo no pueden entrar el estudio de los periódicos que Camilo Henríquez redactó en la otra banda. Ni cabe tampoco referirse de un modo especial a los que dirigió en Santiago de vuelta del exilio. Carecen del brillo de los primeros años del periodista. El más importante de todos es el *Mercurio* de Chile aparecido en 1822. Es un magazine a la manera inglesa. Y después redactó un periódico oficial, el *Diario de la Convención de Chile* de 1823.

Esa es toda su obra periodística. Viejo por los achaques del cuerpo, pero joven por la lozanía del espíritu, fray Camilo, retirado de la vida pública, desde 1824, fallece dulcemente el 16 de Marzo de 1825. Sobre su tumba pudo escribirse este sencillo epitafio: Fué el mentor de la Revolución.